

Los pequeños paisajes también enseñan a morir

Nadia Villafuerte

Hasta donde yo sé, toda su vida transcurrió en un pueblo de la región de Lacs, cercada por el feroz ruido de las sierras. Lo que son las cosas, ahora calculo, pero quizá lo ocurrido hace tres noches tuvo que ver con el oficio de precisión que Luca seguramente heredó de su padre carpintero (oficio común en mentes alteradas que saben conducir su existencia en minucioso desorden, hasta encontrar el momento de reorganizarla con la buena puntería de su mano).

Cuando aquella tarde Luca entró a casa, me limité a hacer la entrevista con el tono áspero de quien, a esas alturas de la vida, no puede sorprenderse ya ni con lo doméstico. Craso error: a menudo el peligro, lo absurdo, lo esperpéntico se encuentra a un palmo de nuestras narices. Cualquier objeto es capaz de volcarse para atentar contra uno. Me limité, insisto, a preguntar lo básico, a buscar en sus respuestas algún indicio de sinceridad y mentira.

Debo admitir que me impresionó su piel montuna y negra; no menor fue la promesa oscura de sus ojos: tenía el dejo de quienes invaden pronto cualquier tipo de intimidad y para lograrlo se adhieren silenciosas, como lapas. Fue un diálogo informativo y no obstante melancólico, así ocurre con todos los préstamos y las transacciones. Yo era el dueño de la

finca y ella una estudiante de Costa de Marfil que había llegado a Portugal huyendo de la guerra bajo el pretexto de continuar sus estudios universitarios. También pudo haberme dicho que era una espía y aun así habría dejado la puerta abierta. La vida se construye sobre esos cimientos quebradizos, dejas pasar de repente a una mujer y la casa que habitas adquiere de inmediato un olor a fuego, a la ceniza por donde saldrás arrastrándote.

Y qué pasa allá, la inquirí de entrada, a lo que ella respondió lo que sabemos todos, que el mejor africano es el africano muerto, aquel que se pone como carne de cañón para las investigaciones farmacéuticas y los grandes reportajes. Me invadió la pena cuando vi sus manos maltratadas y manifestó su deseo de terminar la carrera de administración. ¿Para eso has venido? Luca pudo contestarme con la mano en la cintura: Usted qué sabe.

Supongo que algún tipo de sufrimiento nace de la indiferencia, de la inercia de la angustia fría, del hastío digno, de historias desprovistas de cosas importantes por decir porque no hay nada importante que decir, pues así nos acostumbraron a ver crecer ciertas geografías del mundo. El país de donde Luca provenía era de éstos.

El trabajo comenzó a finales de junio, sus clases habían terminado y ella no quería volver, de modo que se encargó de la finca y a cambio de la correspondiente paga y de un techo donde pasar sus vacaciones escolares. Entretanto, yo me dedicaba a escuchar música, a comer y beber, benditos placebos, a acariciar la mano de mi esposa Alberta que perdía la vista poco a poco.

Con Luca en casa, rápido se instaló una bulla distinta a la de los peores barrios de Lisboa, la ciudad a la que cada vez menos acudíamos, la ciudad con sus balcones abigarrados y sus ardientes calles. El primer verano, Luca se limitó a hacer sus tareas; fueron pocas las tardes que nos acompañó a la mesa, dos noches en que aceptó cenar con nosotros. Parecía encerrada en su cuerpo, ajena a todo, trabajaba como si hubiese nacido para alimentar un sollozo interior que la esculpía como una roca, parecía que en cualquier momento la roca iba a estallar. Supimos, en esa primera temporada, de su inclinación por el baile pero nada más. Nada sobre si tenía pareja o cualquier detalle fútil. Sucedió que una noche me acerqué a su cuarto y la descubrí desnuda, inclinándose para recoger la toalla. Acababa de ducharse. Recuerdo haber oído, detrás de la pared, un silbido, una melodía que se me antojó tristísima.

Dos días después Luca dijo que sus vacaciones habían concluido y se marchó. En realidad, ese poco tiempo y su partida no significaron más que un leve sobresalto. Aun así me invadió la congoja. Pasados cuatro meses la tuvimos de vuelta, arguyó que requería el dinero y estaba dispuesta a laborar los fines de semana. Tampoco es que necesitáramos tanta ayuda, pero accedimos, quién sabe si por caridad, el más noble sentido de la arrogancia, o porque Luca al menos para mí era semejante a un grano de arena que alteraba, de manera imperceptible, mi rutina. En este periodo Luca estuvo menos indolente y más suelta, bebía vino con nosotros, sus mejillas se estiraban, dejando ver su cruel y blanca dentadura al reír. Contó que había crecido en medio de un aserradero, en un sitio —la sabana o la selva al sur de Costa de Marfil, ya no recuerdo con exactitud— donde había pocos árboles por cortar, y que su familia era una horda de gente abatida y ruin, que madre y padre eran estúpidos y a menudo se golpeaban. Más o menos lo que ocurre en cualquier parte, le dijimos; Luca bajaba la cabeza y agregaba una muletilla: cómo no, palabras que tenían más de sarcasmo que de consentimiento.

La escena de la toalla en el piso se repitió varias veces, instaurándose en la casa una violencia procedente de la fragilidad de aquel posible roce. La delgada línea de la trasgresión no tardaría en sangrar. Me convertí en un jubilado ridículo y feliz esperando la llegada del tren, no obstante saber que la máquina se descarrilaba a lo lejos.

No había mucho trabajo en la finca, cierto, y comencé a generar cualquier excusa para que Luca se quedara

horas extras. Acudía a su habitación; asombrado por ese cuerpo tibio y desconocido, la tomaba con mesura, con la certeza de que el amo no es tanto quien posee sino quien es capaz de sancionar y violar los contratos. Fueron tiempos eufóricos en los que me bastaba la precariedad económica de Luca, su instinto domesticado, y tiempos también en que sin darme cuenta, el sigilo de Luca creció hasta convertirse en una perra desnuda ladrando, moviéndose en el jardín oscuro. Tiempos en que bajamos juntos a los mercados de Lisboa para comprar vestidos, mientras Alberta, desde su parcial ceguera, elegía, supongo, la manera de vengarse. Tiempos, en fin, en que nos metimos a los bares para escuchar fados, igual que adolescentes, y tiempos en que los frenos del coche comenzaron a fallar aunque estábamos demasiado distraídos como para advertirlo. ¿Qué vas a hacer cuando termines? No lo sé, respondía, pero sus palabras resbalaban a mis pies en el desorden imprevisto con que se originan las catástrofes.

Se largó de nuevo. Pasaron seis meses sin que supiera nada de ella; en la facultad me informaron que tenía baja temporal. Mi vida se había convertido en algo menos que una máquina rota. Incluso tuve la impresión de que Luca hizo medianamente soportable el odio amoroso tejido entre mi esposa y yo, que al menos la muchacha nos había entregado algo para entretenernos. Bebía y escuchaba mis viejos discos y me dedicaba a contemplar cómo los ojos de Alberta se iban ennegreciendo por dentro, perdiéndose en una blancura que para ella debió ser terrible. Los tropiezos se volvieron más frecuentes, no pedía ayuda: Alberta era vieja y no por ello menos altiva. Recibimos noticias de nuestro único hijo, quien se comunicaba cada que podía; sus llamados sólo acentuaban el paso del tiempo, la cuarteadura invisible por donde se esfumaban nuestras horas.

¿En qué tipo de universo clausurado nos paseábamos mi mujer y yo, y qué grietas permanecían? La presencia irreal de Luca, el que llegara y desapareciera a su antojo, la fuerza de su fuga vertían un peligro que en el fondo nos hacía falta. Imposible olvidar su cara, sus dientes agresivos y la nariz achatada que me recordó, no sé por qué, barcos cargueros, amaneceres rezumando yodo y sal en una tierra, la suya, remota.

La chica apareció una mañana con su volátil paso. Qué tienen los puercos que nos seducen tanto, me dije, y a pesar de sentirme profundamente molesto por su juego, un juego al que habíamos cedido y ya no nos gustaba porque es muy fina la línea de los sometidos y los que someten, acepté que entrase otra vez. Nos contó de su breve regreso al pueblo natal, de la muerte repentina de su madre —algo que no creí—, del miedo que aún le causaban algunas prácticas de su país, como las ablaciones.



Barbara Morgan, *Speak to Me of Rivers I*, 1944

Vino nuestra revancha. La obligamos a hacer más de lo debido y mientras más la maltratábamos, más nos sentíamos ligados a ella; mientras más condescendía, más nos orillaba a ser lo que en el fondo éramos: tiranos mediocres y hasta ese momento ignorantes de un poder que no sabíamos utilizar. Luca, una de esas personas que tiene la cualidad de convertir una simple tarde calurosa en un espejo transparente y profundo del que más valdría huir. En ese sentido, no éramos en absoluto mejores o peores que ella.

Un domingo la seguí cuando se dirigía al abarrote del turco. Escuché sus insinuaciones con el despachador, escuché su risa, una de esas risas que preceden a la locura, a la locura de una normalidad fingida. Me vencieron los celos y ya tarde, cuando ella había terminado sus quehaceres y se disponía a desvestirse para dormir, la amarré a la herrería de la cabecera. Fue todo muy rápido y muy sencillo. No gritó, casi diría que lo esperaba. Conté a mi mujer las cosas tal y como habían sucedido. Hiciste bien, dijo; rato después la oí llorar en el baño. La amarré con una cadena para perros, puse llave a su puerta, se quedó sin comer durante dos días. En la tercera noche no pude más. Debo confesar, no sin repudiarme, que lloré y besé los pies de Luca, mucho más firmes y libres que los míos. La solté. Contrario a lo que pudiésemos intuir, lo único que le urgía a Luca era cagar: sus orines se habían se-

cado ya. Me sentí vencido, algo en mi interior no quería aceptar que mi deseo por humillarla se veía disminuido por su auténtica forma de recibir lo intolerable. Quise causar temor a una bestia y a cambio la bestia me indicaba que infligir miedo era mi límite. Más o menos una metáfora o un síntoma del capitalismo y su enfermedad, pensé para mis adentros, después me avergoncé de ideas tan obsoletas, obsoletas como yo, como las paredes leprosas de la Lisboa ajena, de una ciudad que en realidad no miraba al mar ni a la vieja Europa, sino que le daba la espalda a ambos horizontes y se hundía en una dignidad oscura, en nombre de nadie.

Debe tenerse la cabeza dañada para actuar como actúas, Luca, le insinué después, cuando los tres nos habíamos incorporado a la rutina. Cómo no, dijo. Y qué tal van los estudios. Bien, fue la respuesta. ¿Por qué elegiste este sitio? Digo, habiendo tanto mundo... Pudiste elegir Barcelona, qué se yo, París. Es que me gusta el campo y el portugués, concluyó bajando los ojos igual que un pájaro herido, pero sereno. Entendí que no se refería al campo propiamente, sino a que estaba lejos del terror y eso era suficiente. Entendí, o quise entender, que quizás a Luca le gustaba la inmensa soledad de los pequeños paisajes, paisajes que nos enseñan a morir y conocen mejor nuestra propia vida que nosotros mismos, y que nos sobreviven, férreos delante de



Barbara Morgan, *El penitente*, 1940

lo efímero. ¿Y el portugués? El idioma era un pretexto, quedó claro.

De hecho, a partir de allí comenzó la otra historia, una en donde Luca ya no era la mujer asequible a la que podíamos atar y despedir sin que hubiese adiós alguno; una que podía marcharse llevándose algunos objetos de valor, y a la que recibíamos después sin reproches, sin insultos.

Dio la casualidad de que un mediodía fuimos los tres, suceso inconcebible, a Lisboa. En el mercado (donde alguna vez yo compré a Luca un vestido y hasta un sombrero que le sentaba fatal aunque no lo dije) adquirimos dos cosas: una colección de timbres postales que un mexicano remataba en el bazar, y un conejo metido en su jaula. No estaba prohibido comerciarlos, lo cierto es que la dueña tenía cuatro, cinco jaulas en la parte trasera de una vagoneta —conejos, aves, un halcón que me intranquilizó— junto con un letrero: ANIMALES LEGALES CON PAPELES, que a decir verdad, nos causó mucha gracia. Yo, que pasaba de la alegría a la irritación en un instante, perdí pronto el buen humor con la presencia incómoda de una turista o una paria que se me hizo, a simple vista, repugnante. No creo haber intuido nada durante el momento en que nos contemplamos (como si vernos le hubiera hecho una rajadura a la realidad inmediata). Sólo me molestó que quisiera tomarme

una foto, como si yo, y no ella, fuese un objeto exótico o singular. Nunca me gustaron las cámaras fotográficas. Siempre pensé que las imágenes de los fotógrafos no hacían más que duplicar algo y matar todo lo contenido en ese algo. Siempre pensé que las imágenes no son más que un basurero que repite todo lo que de por sí es una calamidad, y que lo único que nos demuestra es nuestra incapacidad de ver nuestro propio rostro, así, sin intermediarios. ¿Qué miras?, le grité, ¿qué miras tullida insolente?, le dije, y la vi correr, escurrirse y desaparecer al doblar la esquina. No creo haber intuido nada, reitero, y sin embargo, un suceso desagradable como ése se convirtió, vaya paradoja, en señal inequívoca de lo que vendría después.

Volvimos metidos en un silencio semejante a la intemperie ocre de los alrededores. Caí en la cuenta de que me hacía bien manejar sin pensar en nada; frente a mí se abría la línea de concreto de la autopista, y una línea dejaba en claro que las lenguas podían cambiar, la música, las noticias, pero que en el aire uno podía respirar las mismas historias de guerra y de quietud y de fantasmas.

En qué momento el conejo, con sus ojos rojos y su carne esponjosa, se convirtió en un símbolo de nuestra desesperación, no lo supimos sino hasta la noche en que Luca dijo que tenía, por primera vez, un invitado. Antes de eso, de la noche de la cena, de la cena de hace tres noches, valga decir, la sombra blanca del conejo atravesando los pasillos se convirtió en rutina. No sé por qué razón la presencia del animal incentivó mis ganas de ver a Luca desnuda, mojada su piel negra como un mueble de caoba en donde las gotas de agua centellean y resbalan. Lo imaginado era tan morboso que debí decirme, en voz alta, una frase de consuelo: todo pasa, pero el corazón necio del hombre, necio permanece. Lo había leído en una revista, firmaba Flaubert y sentía que el francés la había escrito para mí, sé lo ridículo que suena. En fin, que Luca aún se permitió la última carta bajo el pretil, dejando que yo entrase para disponer de ella a mi antojo, sin que mediara remordimiento alguno por tener a mi mujer a dos pasos de ahí, con la vaga certidumbre, incluso, de que Alberta construía su propia escena desde nuestro dormitorio.

Es un compañero de la escuela quien viene, explicó Luca, mientras picaba fruta.

Y la noche de la cena llegó, con su mal presagio. Alberta apareció más triste que nunca; Luca, en cambio, su castigo inminente, nos llegaba como un olor descompuesto. Joao, dijo el joven. Un placer, agregué, ella es Alberta, sentenció Luca pero Alberta se quedó callada, mirando hacia algún punto fijo, sin poder disimular lo inminente. Acto seguido, comenzamos a servirnos ensalada, todo tan cordial.

Es poco común en estos tiempos vivir en una finca, dijo el joven.

Y una buena moza, remató Luca.

¿Qué es ese ruido?, preguntó el chico.

Es Infeliz. El conejo, así le puse al conejo.

No lo sabía, dijo Alberta. Nunca lo consultaste. Infeliz... Ése no es un nombre.

Cómo no, respondió Luca, ahora sí ofensiva.

El animal se incorporó a la estancia, Luca lo subió a sus piernas y a partir de ahí todo fue desastre.

Cuéntanos de ti, ¿Joao?

Joao. No hay mucho que contar, señor, nada que contar.

¿De dónde eres? Al menos eso, dije, pero advertí una estela cáustica en su leve sonrisa, quizá que se rasara la nariz fuese algo, al fin y al cabo, los indeseables siempre se han comunicado haciendo señas con sus cuerpos. Pude advertir cómo la atmósfera se enrarecía con el catálogo de gestos entre Luca y el joven, cómo tales gestos comenzaban a exiliarnos a Alberta y a mí, cómo me empezaba a ruborizar y a llenar de una súbita vergüenza. No debimos tratarla de ese modo, fue lo que pensé, muy en el fondo del pozo en que se convirtió mi mente.

Hicimos bien en traer a Infeliz a casa. ¿Te conté que cuando niña una víbora me picó? Tuve fiebre y mi madre dijo que iba a morir. Pero ahora quien está muerta es ella. A partir de entonces dejaron de gustarme...

¿Qué dejó de gustarte?

¿No oíste acaso?

Luca.

Luca, ¿qué?

No entiendo.

Ustedes tienen ese tipo de actitud que olvida ciertas cosas, las cosas más importantes. No piensan correctamente. Creen que los demás son estúpidos, no están interesados en saber nada de uno y están convencidos de que eso está muy bien. Pero no es así. Y me da mucha pena.

Pues vuélvete a tu país. Te compraré el billete yo misma, sentenció tajante Alberta... Estoy seguro de que su cólera era simulada, estoy seguro de que anteriormente se reía por fin, de mí, más que de Luca.

En cuestión de segundos, en un parpadeo, el conejo estaba al centro de la mesa como si esperara paciente que cualquiera de nosotros cogiera un cuchillo o un tenedor para ensartárselo. En contraste, me sentía amenazado por los ojos rojos y frenéticos del animal. Mi sentido de culpa se había convertido en un maldito conejo a quien no imaginé con garras y dientes de roedor.

Desde la vez que lo trajimos supe que sería un estorbo. Detesto el pelaje. Detesto la forma en que huele, dije.

Luca me vio como si exigiera que le explicara mejor esas palabras.

Yo me sentía bien acá, a gusto, me sentía a salvo y libre, hasta que ustedes lo jodieron todo.

Qué va a pensar el joven, Luca, dijo mi mujer.

Cuánto más cochinerero en el cuarto, más discreción en las ventanas. Joao entiende, remató la negra.

Mi mujer y yo somos gente decente, sentenció y al hacerlo, el universo, mi insignificante universo hecho añicos pareció enmendarse. Vi a Alberta y no la hallé tan vieja, ni me importó que en ese momento su visión se tornara borrosa, exhausta de disimular. Me repetí: estamos pasando un mal rato, y eso es todo. Una llamada de nuestro hijo, o ya amanecerá, y volveremos a la marcha.

El desequilibrio mental es una forma de normalidad subterránea. Uno no lo advierte hasta que brota igual que lo haría una lata en la superficie del río. El conejo por fin se lanzó hacia mí, un temblor, insisto, un reacomodo en el minucioso desorden. Fue Luca quien tomó el cuchillo y lo ensartó en el animal que nunca buscó salvarse, así de domesticado había crecido. Después me lo ensartó a mí.

Qué es lo que está pasando, repetía Alberta, pero no, en realidad estaba diciendo otra cosa, tal vez un: Que ocurra lo que tenga que ocurrir, y lento. Asuntos curiosos los del alma, pues ya no sentía miedo de Luca sino de mi mujer, de la voz de mi mujer en donde se había acumulado el rencor y una sombra mucho más dura que la de su ceguera.

No es que la herida fuera grave, sangraba, sí, pero aún tenía fuerzas. No es que Alberta se quedara inmóvil por incapacidad física. Fue el maravilloso espectáculo de presenciar la furia de Luca tomando el encendedor para colocarlo en el borde de las cortinas. Fue la lumbre, el calor azul que comenzó a crecer ante nosotros como un muro. Fue Luca y el chico moviéndose y dejando sonar la ira de sus cuerpos, los grilletes de sus pies.

Antes de reaccionar y de quitarme al animal manchado en rojo, antes de jalarle el brazo a Alberta, antes de salir a tomar un poco de aire, me pregunté qué pensaría cualquier mortal de un hombre que antes de todo eso que ahí ocurría, miró con fijeza los ojos del conejo como queriendo preguntarle algo que él no alcanzaría a comprender nunca. ¿Pensaría que estaría confesándome o arrepintiéndome? ¿Pensaría que estaba a punto de llorar? ¿Pensaría que en una puesta donde no se sabe quién ha sido el trofeo y quiénes los cazadores, el destino siempre escoge el rostro más imprevisto? **U**

Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, 1978).